

24-01-1977 40 años de la Matanza de Atocha

Fue el año en el que la historia se aceleró. La sociedad española vivió en 1977 entre el miedo y la ilusión un difícil camino hacia las libertades. El terrorismo se cobró un precio muy alto en ese viaje, pero atentados como el del despacho de los abogados de Atocha hicieron irreversible el camino hacia la democracia.

El sangriento minuto cero de la democracia

POR **JUANCHO DUMALL**

Si la Transición se entiende como una moneda con dos caras inseparables, la del miedo y la de la audacia, puede decirse que los acontecimientos del 24 de enero de 1977 supusieron el clímax del pavor, pero paralelamente dieron paso a los más brillantes momentos de arrojo político en la reciente historia de España. Ese día, el martes se cumplen 40 años, unos pistoleros de extrema derecha asesinaron a cinco personas e hirieron a otras cuatro en el despacho de abogados laboristas ubicado en el número 55 de la calle de Atocha, en Madrid. Fue un acto terrorista que marcó el futuro del país de una forma que jamás hubieran sospechado los asesinos y, en cambio, era la deseada por las víctimas.

Para entender la tensión insostenible que produjo esa matanza hay que revisar el contexto de aquellos días. El GRAPO, una banda terrorista de dudoso origen pero de trayectoria ultraviolenta, había secuestrado ese día al teniente general Emilio Villaescusa, presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar. Esta acción, pensada para buscar una reacción antidemocrática de las Fuerzas Armadas, venía después de otro secuestro de un alto cargo, esta vez civil, pero de pasado franquista y ape-

lidos ilustres. El 11 de diciembre de 1976 había sido secuestrado Antonio María de Oriol Urquijo, presidente del Consejo de Estado y exministro. La actividad del GRAPO se sumaba a la de ETA. En aquellos días de enero, estaba muy reciente el atentado que le costó la vida a Juan María de Araluce, presidente de la Diputación de Guipúzcoa, a su chófer y a tres policías que le escoltaban.

Para completar ese ambiente tenebroso, evocador para muchos del clima de violencia que sacudió al Gobierno del Frente Popular en 1936, el 23 de enero había sido asesinado a tiros por grupos de ultraderecha el estudiante Arturo Ruiz García, que participaba en una manifestación pro amnistía. Y al día siguiente, en la manifestación de protesta por este atentado, un bote de humo de la policía hirió gravísimamente a otra estudiante, Mari Luz Nájera, que moriría al día siguiente.

Tormenta perfecta

Pero para entender el clima que vivía la sociedad española en aquellos días hay que pensar que el país estaba sumido en un durísimo bache económico, consecuencia de la crisis del petróleo que había estallado en 1973 y puesto al descubierto la debilidad del desarrollismo de la última fase del franquismo. El paro escaló en 1977 hasta las 900.000 personas y la inflación superó de largo el 25% y llegó a puntas propias de economías latinoamericanas.

La situación política era a primeros de ese año muy incierta. El 15 de diciembre de 1976 se había aprobado en referéndum la ley para la reforma política, pero los partidos democráticos seguían siendo ilegales y una buena parte del régimen recelaba de los pasos que estaba dando el presidente Adolfo Suárez. Aunque se sabía que ese año iban a celebrarse elecciones legislativas –las primeras mínimamente democráticas desde la república–, había un rechazo manifiesto a la legalización del Partido Comunista de España (PCE).

Aunque su secretario general, Santiago Carrillo, se paseaba ya por Madrid después de su llegada a España tocado con su célebre peluca, su partido, en el que Franco había simbolizado todos los enemigos de la patria, seguía siendo clandestino. Que pudiera concurrir a las próximas elecciones con sus siglas, su bandera roja, su hoz y su martillo era la prueba del nueve para la incipiente democracia española. Y el atentado de la calle de Atocha vino a ser decisivo para ello.

En el despacho atacado trabajaban un grupo de abogados laboristas pertenecientes o muy vinculados a Comisiones Obreras, sindicato todavía ilegal de la órbita del PCE. La defensa de los trabajadores era en aquellos momentos una actividad prácticamente subver-



El dirigente comunista Simón Sánchez Montero habla en el entierro de Enrique Valdevira y Javier Sauquillo, en Carabanchel.

EFE / FOTOTECA SOL VALERO



